

de otras áreas del saber. Así, Benoit Beaucage expone algunas consideraciones acerca de la explotación del suelo en el medio social provenzal de fines de la Edad Media (pp. 63-74); Diane Saint-Jacques Côté trata ciertos puntos tocantes a las representaciones teatrales (pp. 75-90); Roland Sanfaçon investiga los cambios en la arquitectura gótica (pp. 93-129); y Claude Gagnon abunda en torno a la alquimia y a sus relaciones con la técnica y la tecnología (pp. 131-146).

Si bien estos ocho artículos del cuaderno que comentamos aportan datos que los especialistas seguramente apreciarán en sus debidos valores, su lectura deja la impresión de hallarnos ante un panorama demasiado fragmentado del significado medieval de las artes mecánicas. Se impone, pues, estimular a los estudiosos de Montréal para que nos ofrezcan ulteriores contribuciones que completen los alcances del presente volumen.

MARIO E. SACCHI

ALAIN GUY, *Histoire de la Philosophie Espagnole*, 2me. edition, Université de Toulouse-Le Mirail, Toulouse, 1986, 490 pp.

Autor de una docena de libros sobre filósofos españoles y de muchos artículos del mismo tema, Alain Guy, es casi paradójicamente (dada la poca atención que revelan en general los franceses ante el pensamiento hispánico) uno de los más grandes conocedores y expositores de la reflexión filosófica de la península desde la edad media hasta la actualidad. Dueño de una información increíble, asombra a los mismos especialistas de España —donde hay autoridades en la materia— por su dominio de un campo poco frecuentado. Con notable objetividad presenta en este volumen un vastísimo panorama histórico dividido en cinco secciones: el medioevo, el siglo de oro, el iluminismo, el siglo XIX y el siglo XX.

Sería una tarea demasiado fatigosa el detallar en una reseña siquiera los nombres de cada uno de los autores estudiados; no hay pensador de alguna relevancia que no haya obtenido un lugar en esta obra. Solamente cabría destacar las figuras que han merecido mayor atención en cada una de las épocas.

En la edad media expone, entre muchos otros, a Domingo González (así nombra a quien generalmente se cita como "Gundisalvo", "Gundisalin" o "Gundisalvus"), responsable de importantes traducciones al latín de escritos aristotélicos y de obras de inspiración aviceniana; Pedro Hispano (lo llama "Pedro de España") el famoso lógico que llegó a ser Papa tras enseñar medicina en Siena y filosofía en Lisboa; Raimundo Lulio, lógico, metafísico del ejemplarismo agustiniano, polemista contra los maometanos a la vez que reformador social y místico; Raimundo de Sabonde, filósofo y teólogo audaz de enorme influjo en toda la Europa de su tiempo; Arnaldo de Villanova, antiescolástico y defensor del comunismo; Anselmo de Turmeda, franciscano escéptico, convertido al islamismo; San Vicente Ferrer, lógico a la vez que predicador fecundo. Presenta además tomistas, estoicos, platónicos y sincretistas.

En el renacimiento se iniciaría, para Guy, el siglo de oro español; estudia a Luis Vives, humanista, adversario de los lógicos nominalistas, escritor elegante, pedagogo y psicólogo, partidario de una democracia socializante; Sebas-

tián Fox Morcillo, lógico antiaristotélico, ético y político democrático; Juan Ginés de Sepúlveda, historiador, jurista y defensor del autoritarismo monárquico; Francisco de Vitoria, teólogo imperial de ideas democráticas, creador del derecho internacional como disciplina; Francisco Suárez, teólogo, jurista y metafísico enfrentado a veces con el tomismo; fray Luis de León (sobre el que Guy ha escrito un libro), teólogo, poeta y místico a la vez que jurista de ideas democráticas. Más brevemente trata de filósofos nominalistas, tomistas, escoltistas, aristotélicos, biólogos, caracterólogos y juristas de diversas tendencias. Más entrados en la edad moderna aparecen Juan Caramuel, polígrafo ecléctico de tendencias cartesianas, teólogo, matemático, astrónomo y filósofo; Baltasar Gracián, teólogo, psicólogo y filósofo antimaquiviélico como el jesuita Pedro de Rivadeneira y como Juan de Mariana.

En el siglo del iluminismo al que ya pertenece Caramuel, se estudia entre otros muchos a Juan Cardoso, judío antiaristotélico; a varios atomistas; a Benito Feijóo, médico, político, historiador y filósofo empirista; Andrés Piquer, médico, físico y lógico de tendencia ecléctica; Ramón Campos, lógico y jurista seguidor de Condillac; Gaspar de Jovellanos, antiaristotélico, moralista y economista liberal; aparecen escolásticos tradicionalistas y renovadores.

En el siglo XIX, merecen especial atención José Muñoz, piadoso monje seguidor del racionalismo francés; Jaime Balmes, iniciador de la gnoseología en el campo católico; Donoso Cortés, defensor del tradicionalismo; los escolásticos que denomina "modernos", Ceferino González, tomista y Juan Urráburo, suarista; Julián del Río, ferviente krausista y su discípulo Francisco Gines de los Ríos, filósofo del derecho. Se trata también de una serie de kantianos, positivistas, hegelianos, socialistas y anarquistas.

El siglo XX abarca más de la mitad de la obra. Aparecen, entre otros, Miguel de Unamuno, existencialista kierkegaardiano; José Ortega y Gasset con su perspectivismo y raciovitalismo; Julián Marías, heredero espiritual de Ortega; María Zambrano, espiritualista católica antifranquista; José Gaos, marxista que viró al neokantismo y a la fenomenología, terminando en el agnosticismo; Eugenio D'Ors, brillante filósofo de la cultura; Manuel García Morente, primero kantiano, luego bergsonian, fenomenólogo y por fin tal vez tomista (Guy lo pone en duda); Joaquín Xirao, socialista cristiano, husserliano y scheleriano; José Ferrater Mora, que con su método integracionista trata de unir extremos pese a su actitud crítica ante los sistemas; José Luis Aranguren, personalista católico, original pese al influjo recibido y reconocible de D'Ors y de Ortega; Juan Zaragüeta (al que Guy lo califica como "ontologista" por ocuparse de ontología, cuando el término designa una corriente determinada), metafísico Canals Vidal y Leopoldo Eulogio Palacios, tomistas preocupados por la él, que se consideraba "tomista moderno" al estilo lovaniense); Adolfo Muñoz Alonso, agustiniano rosminiano; Santiago María Ramírez, comentarista de Santo Tomás profundo y erudito; Angel González Alvarez, José Todolí Duque, Francisco Canals Vidal y Leopoldo Eulogio Palacios, tomistas preocupados por la temática contemporánea, lo mismo que Antonio Millán Puelles. En cambio Sergio Rábade Romeo se acerca más a Hartmann y Merleau-Ponty.

Un pensador profundo y original es Javier Zubiri, siempre en temática moderna, con su posición "objetivista"; desconcertante es Juan David García Bacca, ex-sacerdote, como Zubiri (pero éste siguió fiel a su fe), marxista declarado, entusiasta de la lógica matemática pero también heideggeriano, poeta e historiador. También es curiosa la situación del brillante epistemólogo Carlos

París, marxista militante aunque católico. Otros filósofos marxistas son Enrique Tierno Galván, sociólogo volcado al pensamiento analítico; Manuel Sacristán, leninista gramsciano; Gustavo Bueno, materialista ocupado en la praxis; Luis Crespo, marxista clásico; Gonzalo Puente Ojea, althusseriano; Jacobo Muñoz Veiga, antianalítico seguidor de Adorno. En cambio Agustín García Calvo es un anarquista violento; otro anarquista, pero no violento y católico es Carlos Díaz. Critican a la Iglesia por su actitud ante el capitalismo (según ellos, de alianza) los sacerdotes Jesús Aguirre, y Alfonso Alvarez Bolado. En cambio, el escriturista y teólogo José María González ataca a la vez al clericalismo y al marxismo; por su parte propugna un diálogo con los marxistas el jesuita José Gómez Caffarena, metafísico.

Esta rápida ojeada sobre la obra de Alain Guy sólo podría ser un indicador del valioso contenido de ese volumen muy preciso y documentado. A pesar de la cercanía étnica y lingüística con la Madre Patria, los argentinos estamos bastante alejados de la rica variedad del pensamiento peninsular. Este volumen puede ser una ayuda valiosa para quienes se ocupan de cuestiones filosóficas para avvicinarlos a una realidad que no se puede ignorar. Como conclusión crítica sólo podría observarse que el enfoque tan objetivo del autor parece inhibirlo de hacer reflexiones críticas.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA